EL HONOR DE UN SOLDADO.

COMEDIA EN DOS ACTOS

escrita en francés por el célebre Scribe,

y arreglada á la escena española

POR

D. LAUREANO SANCHEZ GARAY

Y

D. RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



Madrid.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1848.

PERSONAGES.

CAMILA DE DORREIG.

LUISA, *camarera.*

TOLVER, *soldado.*

ANTERO, *mercader de paños, y alcalde de la ciudad.*

LA CONDESA DE MONSERROIS, *tia de Camila.*

PUEBLO. SOLDADOS. CRIADOS.

El acto 1.° pasa en Dunkerque (Francia), y el 2.° en Moravia (Alemania).

ACTO PRIMERO.

Sala elegante: en el fondo dos balcones con los cristales cerrados. Puertas laterales, y en el fondo, á la izquierda del espectador, una puerta pequeña que da á la calle frente á la de un gabinete. Mesa, un piano y varios sillones. En primer término una chimenea, y sobre su cornisa un reloj.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA. LUISA.

Luisa. Señorita, qué teneis? (*Luisa está haciendo labor: de cuando en cuando mira á Camila, que se pasea con agitacion.*) No me oye! Esto es estraordinario! Apenas puede sosegar en ninguna parte.

Camila. (*Aparte.*) Cada instante que pasa se acrecienta mi terror.

Luisa. (*Viendo que Camila abre la ventana.*) Qué temeridad! Está la tempestad amenazando, y abre la ventana!

Camila. (*Despues de haberse asomado á la ventana, cierra y vuelve á la escena.*) En vano entre el silencio de esa desierta calle espero escuchar el ruido de sus pasos; el tiempo vuela... mas él no viene. Dios mio, dignaos reservarle toda la felicidad que para mí destinais!

Luisa. Cuánto padeceis, señora! (*Deja la labor y se acerca á Camila, que se deja caer en un sillon muy abatida.*)

Camila. Sí, es verdad: voy á morir.

Luisa. Oh!... no á fé mia. (*Señalando á la cabeza.*) No es en el corazon solamente donde existe vuestro mal.

Camila. (*Levantándose con prontitud.*) Imprudente!
Luisa. Por qué desconfiais de mí? En estos aciagos tiempos de revueltas, sé muy bien que en Francia se puede temer todo; pero no de los que os aman desde la infancia, y viven con vuestros beneficios.
Camila. (*Tendiéndole la mano.*) Oh! dices muy bien.
Luisa. Demasiado adivino la causa de vuestra inquietud. Esperais á un galan!
Camila. Puedes pensar?...
Luisa. Perdonadme, señorita; pero yo pienso que cosa mejor no se puede esperar.
Camila. Todo lo sabrás.
Luisa. Mucho me alegro!
Camila. Sí, á tí solamente, amiga mia, haré esta confianza.
Luisa. Qué dicha! (*Aparte.*) Todo lo voy á saber!
Camila. Esta tarde espero... (*De pronto suena música militar.*) Oyes, qué será eso?
Luisa. Nada: algun regimiento que pasa á la frontera, ó que tal vez venga de guarnicion aqui.
Camila. (*Aparte.*) Funesto contratiempo!
Luisa. Qué teneis?
Camila. Déjame!
Luisa. Creo que llaman...
Camila. (*Apenas se puede sostener.*) Ah! si será él? Tiemblo de temor! (*A Luisa.*) Vé á abrir!... Tienes miedo?
Luisa. No, señorita: usted sí que le tiene: la estoy viendo á usted temblar, y eso me hace temblar tambien.
Camila. Vé á abrir.
Luisa. Ya voy.

ESCENA II.

CAMILA. LUISA. ANTERO.

Luisa. Es el señor Antero, el municipal...
Camila. El alcalde de la ciudad?
Luisa. Esto no impedirá para que ceneis, porque ya es hora. (*Sale Antero.*)
Camila. Haz que me sirvan aqui, al lado del fuego. (*Vase Luisa.*) Me buscais á mi, señor alcalde?

Antero. Sí, señorita: yo mismo diria, señorita duquesa, y duquesa de Dorreig, aunque esto no esté ya en moda; pero estamos solos... no pueden oírnos...

Camila. Por qué estais agitado, y por qué se oye esa banda militar aqui?

Antero. En cuanto á la segunda pregunta debo decir, que no os asusteis; esa banda es de un regimiento que acaba de llegar, no es otra cosa. Cripardin, mi adjunto, está en este instante repartiendo las boletas de alojamiento. Sí, es un regimiento de infantería que pasa por aqui, hácia la frontera del Norte, en cuyo sitio se estan batiendo todos los dias... Esto es muy fastidioso! pero en cambio todos los jóvenes inscriptos, que no pasen de diez y ocho años, estan en un estado que... si da compasion! casi desnudos; y esta es una gran ventaja para el comercio.

Camila. Y como vos sois mercader de paños...

Antero. Oh! el mas rico mercader de paños de toda la ciudad; y en mi cualidad de alcalde trato de hacerme á mí mismo un pedido para el vestuario de las tropas.

Camila. Y quién lo pagará?

Antero. El que siempre lo paga todo, el pueblo; con un impuesto estraordinario por medio de un donativo patriótico y voluntario.

Camila. Os comprendo. (*Sonriendo.*) Y vos venís á pedir que me suscriba, no es cierto?

Antero. Mas tarde... no os diré que no; pero en este instante, señorita... mi venida aqui es mas delicada y grave... ved lo apurado de mi situacion. El anciano duque de Dorreig, vuestro padre, tiene inmensas posesiones en Francia y Alemania; vuestra familia es la mas perseguida, y sobre todo la mas rica de todo el pais: esto es una injusticia!...

Camila. Que vos y los vuestros habeis procurado atenuar, confiscando la mitad de nuestros bienes.

Antero. Y por qué? porque una parte de vuestra familia está emigrada; está en Austria.

Camila. Sí, pero yo estoy aqui.

Antero. No importa! No impide eso para que esteis reputada como sospechosa; y aunque se suponga en vos la intencion de iros con ellos, por lo mismo se tiene fija la vista en vos. No obstante, podeis vivir

sin cuidado, puesto que estais querida, y teneis aqui protectores.

Camila. Protectores! y si no, ahi estais vos, que por mí á todo os espondriais: no es cierto?

Antero. Sin duda alguna; con tal que yo no arriesgase peligro alguno, porque *primo miki*, ó lo que es lo mismo, la caridad bien ordenada empieza por uno propio, y despues sigue á los demas. Pero oid el compromiso en que me veo. Para inspeccionar nuestra ciudad, y para reanimar y escitar el entusiasmo patriótico, que, aqui para inter nos, se ha debilitado bastante, ha llegado en posta, de París, una de las primeras autoridades de la nacion: un hombre célebre... temible! Asi es que lo he recibido poco menos que con palio y temblando de pies á cabeza.

Camila. (*Riéndose.*) Sois tan cobarde?

Antero. De nacimiento.

Camila. Y por costumbre...

Antero. Por costumbre y de nacimiento: estas dos circunstancias son las únicas que me impiden ser valiente. (*Luisa aparece con lo necesario para la cena de Camila, y lo coloca al lado de la chimenea.*) Estais, señorita? Asi vive uno mas años, y se conserva mejor.

Camila. Os comprendo perfectamente. Y cuáles son las disposiciones que ahora exigen vuestra vida y conservacion?

Antero. Ese es el intríngulis de mi visita. Se trata de festejar de una manera digna á una de las primeras autoridades de la nacion; y yo, como autoridad local, debo ayudar para que... qué diantres! por un solo dia... mañana á Dios gracias se marcha. Por lo tanto, esta noche se le debe obsequiar con un baile, pero con un baile magnífico!... de entusiasmo!...

Camila. Entiendo.

Antero. Pero es el caso que no hallo local á propósito para ello. La sala grande de la alcaldía no admite mas que veinte personas; en la casa de nuestra primera notabilidad tampoco hay terreno; en nuestra mejor fonda y en su salon de cien cubiertos no caben mas que treinta, y muy apretados.

Camila. Qué fatalidad!

Antero. En tal compromiso me he acordado de vuestra casa, que es la mas grande y bella de todas.
Camila. Dios mio! (*Aparte.*)
Antero. La magnífica galería mandada construir por vuestro padre, bien iluminada y adornada con guirnaldas de flores y coronas de encina, presentará esta noche un golpe de vista soberbio.
Camila. (*Sobrecogida.*) Esta noche!... es imposible... del todo imposible, señor alcalde.
Antero. Y por qué tan imposible?
Camila. Mi nombre... mi opinion...
Antero. Razones mas en favor de mis deseos. Cuando uno piensa de un modo, es una gran ventaja poder aparentar que piensa de otro.
Camila. (*Con fiereza.*) Yo! la hija y la hermana del duque de Dorreig!...
Antero. Quereis callaros? Si hablais de ese modo, os desconoceré, y creeré no haberos visto jamas, porque me dareis miedo, y á mí el miedo me hace feroz, y capaz de todo!...
Camila. (*Aterrada.*) Oh! Dios mio!...
Antero. Sosegaos; y considerad que el favor que me vais á hacer, os le haceis á vos, porque os asegura vuestra tranquilidad.
Camila. (*Con inquietud.*) Creeis?...
Antero. Y finalmente, lo que pido se puede tomar como legal y por una decision del consejo municipal, poniendo vuestra sala de baile en requisicion; pero entonces os perdiais, porque haciéndolo por orden de la autoridad no haciais gracia alguna, y antes bien...
Camila. (*Vivamente.*) Ah! decis mucha verdad, y os doy gracias: sí, consiento, señor alcalde, consiento en ello; pero en la situacion en que me veo, será imposible que haga como quisiera los preparativos...
Antero. No teneis que ocuparos en nada, y todo estará en breve. La orquesta del baile se compondrá de la banda del regimiento que acaba de llegar; en cuanto á las coronas y guirnaldas, el banquete, los refrescos... el entusiasmo... yo procuraré todo, es decir, la ciudad. Repito que no teneis nada que hacer vos, sino los honores de la casa, de lo que os resultará uno muy grande, y á mí tambien, porque se

hablará de esta funcion en el Diario del Departamento, y despues de esto yo espero que nos dejarán en paz por algun tiempo: la verdad sea dicha, estos festejos me causan tanto placer como... miedo. A Dios, señorita; volveré dentro de hora y media. (*Vase.*)

ESCENA III.

CAMILA. LUISA. (*Al acabar la escena anterior concluye de poner Luisa la mesa.*)

Camila. (*Apoyándose en el respaldo de la silla.*) Dios mio, qué situacion!

Luisa. Pero, señorita, qué teneis? os hallo trémula, abatida!...

Camila. Estoy mortal!

Luisa. Como el señor Antero gana en la fiesta, segun parece...

Camila. Ay! Luisa... (*A media voz.*) la vida de alguno se halla en peligro... Quizás la mia!...

Luisa. Qué es lo que decís, señorita?

Camila. Tú ignoras á quién estoy aguardando?... Espero á un proscripto, á un *vandeano*... á mi hermano, el duque de Dorreig!

Luisa. Es imposible! Y yo que tanto deseo verle, porque no le conozco...

Camila. No es fácil, porque será la primera vez que viene á esta casa; y en qué ocasion, Dios mio! Hace dos años que no le hemos visto: dos años, durante los cuales ha desafiado todo género de peligros, y por temor de aumentar los mios, apenas se ha atrevido á darme noticias suyas. Las últimas que he recibido son desastrosas: su division ha sido derrotada; y él, perseguido, fugitivo y errante, ha escapado milagrosamente y ha luchado inútilmente durante dos meses para ver de acercarse á las costas y embarcarse.

Luisa. Tan activa es la policía!

Camila. Apesar de eso, estoy preparada para facilitar su fuga. Uno de nuestros mas fieles y antiguos criados, que es piloto, el viejo Jorge debe marchar al romper el alba en una barca de pescar, acompañado de su hijo Andrés.

Luisa. Y bien...

Camila. Andrés ha estado á prevenir á mi hermano, que se halla en una casa de campo, distante seis leguas de aqui, á fin de que esté pronto. Hoy al caer la noche se pone en camino, para procurar hallarse en la ciudad antes de que cierren las puertas, y... va á llegar.

Luisa. A aqui?

Camila. Pues adónde? qué otro asilo puedo ofrecerle? Debe estar escondido una parte de la noche, y antes del dia vendrá Andrés á buscarle para conducirle á la chalupa, y en ella llevarle á alta mar.

Luisa. Perfectamente.

Camila. Sin duda alguna; pero este baile... esta funcion patriótica que no he podido preveer!... Cómo podré traerle misteriosamente, y cómo he de ocultarle en una casa donde irán á reunirse doscientas personas?

Luisa. Mejor que mejor, porque de ese modo nadie repara si hay una persona mas ó menos. Quién ha de pensar que en tal noche habeis de dar asilo á un proscripto? Esto á nadie se le podrá ocurrir.

Camila. Y yo que no deseaba otra funcion mas que la de ver á mi pobre hermano! Es tan desgraciado como amable y gallardo: si le conocieses le querrias coma yo le quiero; mas por otra parte hace tanto tiempo que no he tenido el placer de abrazarle!

Luisa. A qué hora de la noche creeis que vendrá?

Camila. De un momento á otro. Ya debiera estar aqui!

Luisa. Y por dónde ha de llegar?

Camila (*Señalando la puerta del fondo á la izquierda.*) Por esa puerta, que da á una calle muy lóbrega y solitaria.

Luisa. Bien está: él entrará por la puerta pequeña, en tanto que los convidados entran por la principal. Vamos, señorita, id á prepararos para recibirlos, y hacer los honores de costumbre; entre tanto yo espero aqui, por si viene vuestro querido hermano.

Camila. Pobre jóven! Seis leguas á pie... estará muy fatigado y tendrá frio: enciende bien la chimenea y dale bien de cenar.

Luisa. Ahí está vuestra cena: estad tranquila, que le recibiré como al hijo de la casa. Andad, no vengan algunos y sospechen...

Camila. Nada de luces: que no se vea cosa alguna fuera de lo ordinario.

Luisa. No tengais cuidado.

Camila. Y sobre todo una buena cama... la mejor... la mia.

Luisa. Poco podrá dormir.

Camila. No importa: una hora ó dos es bastante tiempo para que cobre alguna fuerza. Luisa, asi que haya llegado vé á avisarme.

Luisa. Para que á vuestra turbacion se una la emocion que es natural, y se aperciba todo el mundo de que ocurre algun acontecimiento estraordinario?

Camila. No, no; no me dirás nada... nos convendremos en cualquier señal. Entrarás en la sala de baile y me presentarás un azafate de frutas... un vaso de agua, y... te comprenderé. A poco rato, con cualquier disculpa saldré del salon.

Luisa. Me parece que todo eso, ademas de no ser prudente, es muy espuesto.

Camila. Será un minuto, un instante; el tiempo preciso para darle un abrazo y volverme al salon. Oh, no desconfies de mí; no me detendré nada, porque sería espuesto en estremo; pero sin esto no podria sosegar.

Luisa. Como gusteis.

Camila. No temas: yo me moderaré, y procura estar sobre mí, teniendo despues el sufrimiento necesario para aguardar que todos se vayan.

Luisa. Escuchad... creo que llega... ó serán algunos convidados.

Camila. No lo espero aun.

Luisa. Os digo que sí. Ea, señorita, marchaos pronto.

Camila. Cuidarás bien de él, no es verdad?

Luisa. Como vos misma. (*Vase Camila por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

LUISA, *encendiendo la chimenea.*

Pobre señorita! No dudo que estará inquieta, porque á mí, que no le conozco, me ha hecho una sensacion estraordinaria el pensar que de un momento á otro debe llegar á esa puerta, y... (*Llaman.*) Pero, Dios me

valga! han llamado! Será él sin duda. (*Vase á abrir.*)

ESCENA V.

LUISA. TOLVER.

Luisa. (*Empieza á hablar al abrir la puerta.*) Pasad adelante, señor; no os detengais... (*Mirando á Tolver.*) Calla! viene vestido de soldado! Hace bien, porque es el trage que mas se respeta ahora.

Tolver. La señorita de Dorreig...

Luisa. Silencio! aqui vive.

Tolver. (*En voz alta, dejando sus armas y mochila.*) Quisiera...

Luisa. Callaos! yo estoy encargada por ella de recibiros.

Tolver. A mí! Pues acaso sabíais que yo iba á venir?

Luisa. Vaya si lo sabia!

Tolver. (*Admirado.*) Estais cierta de ello?

Luisa. Os digo que hableis bajo: si os oyesen... Vamos, alli teneis la cena que os espera... alli al lado de una buena lumbre. Un hermoso pollo y una escelente botella de vino de Burdeos!

Tolver. Ciertamente que no me falta buen apetito.

Luisa. Silencio! estais muy fatigado?

Tolver. Bastante!

Luisa. Alli teneis el gabinete de mi señora; y alli su cama, que ha querido cederos.

Tolver. Cómo!

Luisa. Pero y estas luces! Que imprudente soy! (*Apaga las luces.*)

Tolver. Calla! Nos hemos quedado á oscuras... Se puede saber qué es lo que quereis?

Luisa. Silencio, por Dios! Comed, bebed, y sobre todo calentaos bien, porque se conoce que estais helado. (*Siempre en voz baja.*) Quedad con Dios!

Tolver. Pero al menos decidme...

Luisa. Con Dios! No tengais miedo! Nada! Como en vuestra propia casa; asi lo desea mi señora, y con harta razon; voy á prevenirla. (*Vase Luisa.*)

ESCENA VI.

TOLVER.

Pues señor, sea quien quiera, es una escelente señora, y no en vano decian que en esta casa debian alojarse gefes y no soldados; pero que por mortificarla... Me felicito por ello! Nosotros, pobres soldados de infantería, no estamos acostumbrados á semejantes recibimientos. He llegado aqui no muy contento por ciertas noticias, con la boleta que el señor Adjunto me ha dado en la alcaldía, y esperaba hacer el papel que de ordinario hacen los defensores de la patria cuando van á alojarse en casa de los ciudadanos. Pero en vez de esto, encuentro una linda camarera que me está esperando; la señora de la casa que ha preparado cena, y su propia cama para el pobre militar, y... pero esto es estraordinario... es demasiado, y no pasaré por ello. En cuanto á este escelente fuego, que me reanima, y en cuanto á la cena y el rico Burdeos... pase! (*Señalando al pollo.*) En los tres meses que llevo de soldado no he topado cara á cara un enemigo como este, y... juro no sufrir que esté mucho tiempo delante de mi. (*Reanima la llama de la chimenea.*) Yo no veo gota, pero no importa; en cambio percibo perfectamente de dónde viene el esquisito perfume que exhala el pollo. Contentémonos con esta luz, y probemos la cena. (*Come del pollo.*) Esquisito! (*Empieza la música del baile á tocar.*) Calla! en la habitacion contigua suena una orquesta completa! esto será durante mi cena: vaya que nada falta! Yo no sé donde estoy, creo que sueño, y temo despertar antes de haber cenado: concluyamos. (*Se quita el chacó y lo coloca en el suelo cerca de la chimenea.*) Es particular que cuando nada me escasean, sea esta generosa señora tan avara de luz! Ella se entenderá! (*Se sienta á cenar.*) No, pues... para ser sueño, sabe perfectamente este pollo, y no tiene nada de fantástico. (*Bebe.*) Tampoco es imaginario el riquisimo vino que reanima mi espíritu, y da á mi corazon una dulce alegría.

ESCENA VII.

CAMILA, *que viene de puntillas y abraza á Tolver por la espalda: él quiere hablar, pero Camila le tapa la boca con la mano.* TOLVER.

Camila. Cállate!... cállate, por Dios, y ten paciencia en tanto que se marchan: entonces vendré yo y pasaremos juntos el resto de la noche. (*Impidiéndole hablar.*) Cállate!... á Dios! (*Vase por donde vino, y la orquesta, que tocaba piano, vuelve á tocar fuerte el primer motivo.*)

Tolver. Eh!... niña!... nada!... cuánto cariño! Es imposible que no haya aqui una equivocacion, y que esto no pare en... En qué ha de parar! En volver mañana á oir los clarines y tambores; pero no nos ocupemos mas que de hoy, y esperemos á mañana con sosiego. (*Viene Luisa con una vela encendida, que deja en el suelo, á la puerta.*)

ESCENA VIII.

TOLVER. LUISA.

Tolver. Ya vuelve!... No, es la jóven camarera, que por cierto es muy linda... pero en este instante...

Luisa. Señor, no podeis quedaros aqui.

Tolver. Por qué?

Luisa. Porque han acordado esos señores venir á esta sala en los intermedios del baile, y la señora me ha mandado que venga á deciros que no os vea nadie.

Tolver. Y en dónde me escondo?

Luisa. Alli: en su alcoba.

Tolver. Te burlas?

Luisa. No os he dicho antes que la señora lo ha mandado?

Tolver. Eso es otra cosa; si ella lo ha mandado, obedezco; y dila de mi parte que deseo volverla á ver.

Luisa. Vaya! no lo desea menos la señora! Por su gusto, ya se hubiera todo el mundo marchado.

Tolver. De veras? Eres una muchacha hechicera. (*La abraza.*)

Luisa. Vamos, pronto; escondeos. (*Tolver se va á la habitacion de la izquierda.*)
Tolver. Guíame!... yo no conozco esta casa, y no veo gota.
Luisa. (*Le da la mochila y él toma las armas.*) Olvidais vuestro atalage!

ESCENA IX.

LUISA.

A estos señores al momento se les conoce, porque tienen unos modales tan buenos! Con qué delicadeza me ha abrazado! Y quieren nada menos que suprimirlos. Pero, quién llega? (*Mira á la derecha.*) Ah! es el señor Antero, un mercader de paños, un ciudadano. Qué diferencia tan grande entre uno y otro.

ESCENA X.

CAMILA. ANTERO. LUISA.

Camila. (*Aparte al entrar.*) Gracias á Dios! Ya no está aqui!
Antero. Y por qué, señorita, teneis ese aire inquieto, que he notado en vos toda la noche?
Camila. (*Esforzándose á reir.*) Como ahora, por ejemplo?
Antero. Si, cierto que no estais hoy como otros dias.
Luisa. (*Aparte, mirando á Antero.*) Qué imprudente!
Antero. Y cuidado, que todo ha estado perfectamente. El feroz procónsul ha ido encantado de vuestra amabilidad, de vuestro salon y de mi entusiasmo patriótico: asi que me ha dicho, dándome en la espalda con una fuerza de... dromedario... (esto en él es una gracia.)
Luisa. Qué, os ha dado miedo?... (*Mientras el resto de la escena, Luisa quita el servicio de la cena de Tolver por la puerta de la derecha.*)
Antero. Es verdad; pero me ha dicho que mi peticion sería pronto concedida.
Camila. Cuál?
Antero. La contrata de vestuarios para el ejército del

Norte; honrosa profesion que me proporciona la amable coyuntura de deshacerme de todos los paños malos, porque para recibir balazos, todos los paños son buenos. A vos deberé mi suerte, á vos... y al ciudadano representante, el que para colmo de su bondad acaba de marcharse de aqui con viento fresco.

Camila. Ya lo he visto, y he respirado.

Antero. Y yo tambien.

Camila. Cómo se ha marchado tan pronto?

Antero. Si he de decir la verdad, le habeis hablado con tanta gracia, y con tal manera, que le habeis vencido... le habeis derrotado, y por no abusar de vuestra amabilidad, se ha valido de cualquier pretesto para marcharse, del primero que se le presentó.

Camila. Cuál?

Antero. Un hombre sospechoso y disfrazado ha estado rondando largo rato los alrededores de esta casa; pero sin duda acobardado por el ruido del baile se ha marchado hácia el puerto (*Se esfuerza Camila en disimular su turbacion.*), segun unos dicen; porque ellos creen que ha entrado aqui por esa puerta; cosa que no es probable, porque si fuese cierto, vos lo supiérais ya.

Camila. Ya lo creo!

Antero. Estais cierta de que ningun desconocido ha enentrado por esta puerta?

Camila. Y muy cierta.

Antero. A ser cierto, debiérais decirlo en favor de vuestros intereses propios; porque dar asilo á un estraño y sospechoso, es dar asilo á un cualquiera para esponerse á sí propia. Oh! al mejor de mis amigos que se presentara en mi casa en semejante ocasion, le diria: «Te aprecio mucho, amigo mio, pero tengo miedo, y en teniendo miedo no tengo amigos.»

Camila. Teneis razon; y os repito que ningun desconocido ha entrado en mi casa.

Antero. (*Tomando una silla, y viendo el chacó que se dejó el soldado.*) Pues lo dudo, lo dudo, á pesar de lo que decís, porque ahí veo un chacó que no habrá venido regularmente por el aire.

Camila. Dios mio! (*Aparte.*)

Luisa. (*Con viveza.*) Ese chacó ha venido para mí.

Antero. Para vos!

Luisa. Es decir, que ignorándolo mi señora...

Camila. Basta! No permito te espongas por mí.

Antero. Aqui hay gato encerrado... Si, alguno está escondido... y no creo pueda estar en otra habitacion sino en la vuestra.

Camila. Escuchad, señor, escuchad, y no me perdais... es verdad que hay alli un jóven escondido.

Antero. Un galan?

Camila. Un galan! (*Con furia.*) Os atreveis á decir?...

Antero. Y si no es galan, entonces qué es?

Camila. (*Con prontitud.*) Si señor, convengo en que es uno que amo, y él tambien á mí con el mayor estremo; pero creed que en este amor nada existe que no sea justo y legítimo...

Antero. Legítimo! alli... en vuestra alcoba? eh? Como no sea vuestro marido!

Camila. (*Id.*) Sí señor, es mi esposo.

Luisa. (*Aparte.*) Ella misma se compromete.

Antero. Hola! Con que es un matrimonio clandestino?

Camila. Sí señor, justamente: hay razones de familia... de conveniencia... pero no lo publiqueis, os lo pido; guardad silencio, porque en esta ciudad hay muchas habladurías, y...

Antero. Es cierto. Son habladores en estremo; descuidad, que nadie lo sabrá: os lo aseguro; pero me le habeis de enseñar, no es asi?

Camila. Cómo! Si desde mañana... (*Mirando á la derecha.*) Pero silencio, que llegan.

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES. *Toda la sociedad que viene del salon de la derecha.*

Antero. (*A los convidados.*) Qué tal, señores? No es verdad que habeis pasado una noche soberbia? (*Se acerca al piano, le abre, y dice á Camila:*) Esperamos tener el placer de escucharos...

Camila. A mi!... quisiera... pero...

Antero. (*Aparte.*) No rehuseis; porque podrian sospechar de vos, y mucho mas cuando todos los presentes son amigos vuestros.

Camila. Probaré al menos; pero... (*Aparte.*) Cómo tiemblo.

Luisa. (*Animándola en voz baja.*) Vamos, señorita!...

Antero. (*La presenta un papel de música.*) El auditorio es muy indulgente; cantad esta nueva cancioncita...

Camila. (*Con sentimiento, y mirando á la puerta de la habitacion donde está Tolver.*) Ponerme yo á cantar...

Antero. (*Todos se acercan al piano.*) Y no cantareis sola, que nosotros tambien haremos los coros de esa linda cancion. (*Al decir esto se oye un gran ruido en el cuarto en donde está Tolver, dejando caer un mueble.*)

Convidado. (*A Antero.*) Habeis oido?

Antero. Yo! no por cierto.

Convidado. Alguien debe haber allí escondido; vamos á ver quién es. (*Se oye mas ruido.*)

Camila. (*Aparte.*) Dios mio, yo he sido quien ha espuesto la vida de mi hermano! (*Algunos convidados abren la puerta, y Tolver sale al encuentro.*) Cielos! no es él!...

Antero. Señores, yo lo sé todo, todo; es el esposo de la señora; tened un poco de calma y os esplicaré la verdad. (*Luisa sale por el fondo.*)

ESCENA XII.

DICHOS. TOLVER.

Tolver. (*Aparte á Camila, que permanece atónita en el primer término de la escena.*) No comprendo una palabra; pero mandad, que os obedeceré; no dudeis que cumpliré fielmente vuestras órdenes. (*Un criado, que viene por la derecha, da un pliego á Antero y se retira.*)

Antero. Hola! un parte que mi adjunto me dirige. (*Abre el pliego.*) Señor alcalde!... Cielos!... (*Sorprendido y examinando á Tolver y Camila.*)

Camila. (*Aparte.*) Tiemblo de pavor.

Antero. (*Lee.*) «El conde de Dorreig vaga por este canton, y acaban de decirme que busca la manera de introducirse secretamente en la casa de su hermana. Sin estrépito ni aparato, podreis facilmente impedir su salida; y mañana el acusador público...» Yo tiemblo!...

(*Despues de esclamar, sigue leyendo.*) «El acusador público decidirá de su suerte.» (*Mirando á Camila y Tolver.*) Pero de aqui á allá... en la duda... por mi deber creo estoy en el caso de pensar... (*A media voz hablando consigo.*) Diablo de compromiso!... Bueno es tener consideraciones; pero el caso es que juego aqui mi cabeza ó mi destino: diantre! Tengo un afecto tan decidido á ambas cosas, que por conservarlas debo ahorcar aunque sea á todo el departamento. (*Dirigiéndose á Tolver.*) No quiero preguntaros vuestro nombre, porque presumo cuál es; pero es mi deber, como alcalde, asegurar vuestra persona é impedir que salgais de esta casa.

Tolver. A mí! A un soldado!

Antero. Poco importa para el asunto lo que pareceis. Hola! Que ocupe todas las puertas la guardia municipal. (*A Camila y Tolver.*) Aqui pasareis la noche, y mañana...

Camila. Juntos! (*Asustada.*)

Antero. Y por qué no? no es vuestro esposo? (*Maliciosamente.*) Al menos asi lo habeis dicho; y siendo asi, nada es mas natural que el que no se os separe. Si no es cierto, si por desgracia habeis faltado á la verdad, no os va nada mas que la cabeza.

Tolver. (*Vivamente é interrumpiendo á Antero.*) Soy su esposo.

Antero. Y si no, tambien vuestra cabeza... volaverunt.

Tolver. Eso es para mí lo de menos: soy su esposo, aun cuando tal honor me conduzca al patíbulo. (*A Camila, aparte.*) Si ahora soy vuestro esposo para libraros de tan cruel situacion, dejaré de serlo tan luego como lo mandeis vos, y la situacion actual desaparezca.

Antero. (*A los convidados.*) Señores, retirémonos, y dejemos en libertad á tan felices esposos.

Camila. Dios mio... protegedme. (*Aparte.*)

Tolver. Nada temais de vuestro esposo, que él velará por vos.

ESCENA XIII.

DICHOS. LUISA.

Luisa. (*Entra por la puerta de la derecha, y dice á me-*

dia voz á Camila.) Ah! señora mia! Ignoro cómo, pero Pedro el pescador acaba de decirme que vuestro hermano se ha embarcado ya.

Camila. (*Con alegría.*) Cielos, se ha salvado! (*Aparte, y como reflexionando.*) Pero y este soldado cómo habia venido aqui?

Luisa. (*Al llegar aqui repara en Tolver.*) Se ha salvado!... ay! no por cierto, si está alli!

Camila. (*Aparte.*) Cállate! nos va la vida: yo no sé quién es, ni de dónde ha venido; pero en tanto que él está aqui, no perseguirán á mi desgraciado hermano.

Antero. (*Ha estado observando la conversacion de Camila y Luisa, durante la cual los convidados han hablado entre sí, y cuando aquella concluye, dice:*) Luisa, tú no estás en lo que pasa, por eso charlas ahi tanto por lo bajo; pero vente con nosotros, y deja solos á los dos felices esposos.

Luisa. (*Asombrada.*) Es su esposo... cómo!

Telver. Sí, soy su marido. (*Vanse los convidados: Antero da disposiciones, mostrándose ridículo siempre: sale, y se oye cerrar puertas y poner centinelas.*)

Luisa. Será posible!

Tolver. (*Al esclamar Luisa, Camila se deja caer sobre un sillon casi desmayada: Tolver, á alguna distancia, dice con dignidad y mirándola con respeto:*) Ya os he dicho, señora, que descanseis tranquila, sea la que quiera la causa de vuestro disgusto; porque sobre vuestra seguridad vela el honor de un soldado. (*Se sienta muy distante de ella y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico salon. Una puerta en el fondo y dos laterales. Una mesa á la izquierda. Por las puertas del foro se ve una gran galería.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, *sentada y leyendo un periódico.*

Condesa. Gaceta de la corte. =« Praga 28 de noviembre de 1805. =Aqui no se fija la atencion en la guerra con la Francia. Los bailes y los regocijos de todas clases siguen sin interrupcion. El jóven conde de Libriertz, chambelan del emperador de Austria, acaba de darnos una magnífica fiesta para celebrar su próximo enlace con la bella señorita de Dorreig, hermana del duque de este título, » (*Interrumpiendo la lectura.*) y sobrina de la condesa de Monserrois, porque es mi sobrina. Esto es lo que debieran haber añadido; pero estos periodistas de todo hablan y de nada entienden, y mucho menos de los asuntos de la corte... Oh! como no haga una misma los artículos!.... (*Continúa leyendo.*) « La bella duquesa de Dorreig, á pesar de sus bienes confiscados en Francia durante la revolucion, es aun una de las mas ricas herederas de Alemania.» (*Interrumpe la lectura.*) Y, lo que vale mucho mas, una de las mas nobles. (*Continúa.*) « Se dice que los desposorios se verificarán á fin del mes de Noviembre en el palacio de Dorreig en Moravia. » (*Deja de leer.*) Y como yo he servido de madre á mi sobrina, tendré muy buen cuidado de que el ceremo-

nial se arregle estrictamente á la etiqueta de la corte alemana.

ESCENA II.

LA CONDESA. LUISA.

Condesa. Qué tenemos de nuevo, Luisa?
Luisa. Nada, señora Condesa: ni el señor duque de Dorreig, vuestro sobrino, ni el señor de Libriertz, el novio, han llegado. Esto es muy raro!
Condesa. Y qué dice mi sobrina?
Luisa. Nada dice: acabo de vestirla, y la dejé en trage de desposada; está pacífica y tranquila en un sillon.
Condesa. Eso es inconcebible! Un matrimonio soberbio, y ella... porque el conde de Libriertz es sobrino de Metternich, favorito del emperador de Austria, y está desterrado como nosotras de Francia, y vamos á recuperar aqui por este medio un rango, una posicion que...
Luisa. Mi señora conoce todo eso...
Condesa. Y entonces por qué ha manifestado tanta resistencia, y ha desoido durante tan largo tiempo las instancias de su hermano y las mias?
Luisa. (*Meneando la cabeza.*) Oh! tiene para ello sus razones.
Condesa. Razones que quizás no ignorareis?
Luisa. Puede que no! porque en Francia y en Alemania la he acompañado constantemente. Ella me ha vedado el decir nada, lo que mas de una vez ha sido para mí muy penoso: es verdad que ya, y hoy sobre todo, puede muy bien repararse el mal y decirlo todo.
Condesa. Entonces hablad.
Luisa. Ignorais, señora, que hace largo tiempo que en Francia, y mucho antes de venir mi señora á Alemania, contrajo matrimonio?
Condesa. (*Asombrada.*) Matrimonio! Y yo que he respondido al conde de Libriertz que él será quien se case con la señorita de Dorreig!
Luisa. Eso nada importa.
Condesa. Casada! Y con quién? Con algun gran señor de la antigua corte?
Luisa. No por cierto.

Condesa. Qué degradacion! Con alguno del nuevo régimen?... Si es asi, razon tiene para ocultar su enlace... Será algun ministro del directorio ó del consulado.

Luisa. Nada de eso, señora, con un militar.

Condesa. (*Con desprecio.*) Con un general de la república.

Luisa. Tampoco. (*Variando la voz.*) Con un soldado, un aldeano.

Condesa. (*Indignada.*) Luisa! me insultais!... Insultais á nuestra familia!

Luisa. Pero señora Condesa...

Condesa. Salid de aqui.

Luisa. Como querais... no diré nada mas; pero esto no impedirá que sea cierto lo que digo.

Condesa. (*Deteniéndola.*) Esperad. Ahora recuerdo que cuando mi sobrina estuvo enferma, recibí una carta para ella, la cual abrí yo por cierto: era una carta tan sin ortografía y tan estravagante, que me guardé muy bien de enseñársela: estaba firmada por «Tolver, sargento.»

Luisa. El mismo.

Condesa. (*Con viveza.*) Y cómo se hizo eso? decid, pues, decid bajo.

Luisa. En Dunkerque, el mismo dia que el señor duque de Dorreig, vuestro sobrino, se embarcó. Llegó con una voleta para ser alojado, segun despues supe, un jóven militar que por una equivócacion, cuyo origen sería largo de contar, juzgué que era el hermano de mi señora, y luego le tuve por su marido, cosa que á todo el mundo se hizo creer para facilitar la fuga á vuestro sobrino.

Condesa. Ya comprendo y respiro! Fue un fingimiento, una estratagema no muy conveniente, pero plausible hasta cierto punto, porque tendia á la salvacion de un hermano.

Luisa. Oidme. A la mañana siguiente se supo en Dunkerque sin género alguno de duda, que el verdadero duque de Dorreig se habia escapado, merced á los cuidados y desvelos de su hermana; entonces, sublevado el pueblo, rodea la casa, y busca á mi señora para asesinarla y asesinarnos á todos. Sabedor Tolver de esto, el jóven soldado, que estaba alli aun, se coloca

delante de ella con el sable en mano, y valiéndose de su fingido matrimonio, dice en alta voz que era su esposa, y que la defenderia á todo trance. Sus compañeros, que se hallaban presentes, porque esta escena pasaba en la puerta esterior del edificio, toman parte en su defensa, y gritan con todas sus fuerzas que no dejarian llevar al cadalso á la esposa de un defensor de la patria; y como entonces se respetaba el uniforme, el representante del pueblo dijo, aunque furioso: «Si es esposa verdaderamente del ciudadano soldado, se la perdonará; pero es necesario que haga ver que estan casados.» Todos á una voz dijeron: «Es muy justo; enseñad vuestra partida de casado.» Imaginad, señora, la posicion de mi jóven ama y del pobre soldado, el cual respondió bruscamente: «Habeis alguna vez visto que un soldado lleve consigo mas papeles que los de sus cartuchos?» Sea asi, respondió el representante. En qué época se verificó vuestro matrimonio?—Hace un año.—En qué ciudad? En qué municipalidad? El pobre jóven no sabia qué decir; pero dejando alguna cosa á la Providencia, y para ganar tiempo, contestó: «En la ciudad de Lyon, municipalidad de Brotteaux.» «Veremos, contestó friamente el representante; y en tanto que pasan los diez dias necesarios para que vayan á Lyon y vuelvan, permanecereis los dos aqui bajo la vigilancia de la municipalidad presos en una de sus salas.»

Condesa. Y era imposible fugarse?

Luisa. De todo punto imposible.

Condesa. Y durante diez dias vivieron bajo un mismo techo?

Luisa. Si fuese eso solamente...

Condesa. Qué quereis decir?

Luisa. Decia que por la noche quise yo proporcionar al soldado un cuarto separado; pero sabedor de esto el municipal que nos vigilaba, dijo: «Un cuarto separado! Pues no son marido y muger?... ó se habrán atrevido á engañar á la nacion?... Entonces!...»

Condesa. (*Desolada.*) Dios mio!

Luisa. Era menester no despertar sospecha alguna.

Condesa. Pero eso es espantoso, criminal!

Luisa. Era una inmensa sala en la que estaban arresta-

dos, y él se colocó en un sillon muy lejos de la señora.

Condesa Es igual.

Luisa. Os juro que pudo descansar tranquila vuestra sobrina bajo la salvaguardia de su honor, porque él estaba dispuesto á morir por mi señora, y apenas se atrevia á mirarla, ni á dirigirla la palabra.

Condesa. Todo eso en buen hora; pero...

Luisa. Era natural! Una gran señora, una duquesa; y él un simple soldado, hijo de un colono, sin educacion, pero lleno de nobles sentimientos, y olvidando los peligros que por nuestra causa corria; porque al fin y al cabo con haber manifestado que era lisa y llanamente un alojado, con haber contado el *quid pro quo* de la víspera, y con haber dejado que nos matasen, estaba libre. Pero lejos de esto, sin pronunciar una palabra, sufria voluntariamente todo lo funesto de nuestra triste situacion, y renunciaba sin quejarse á su patria, á su anciano padre, á su porvenir, á todo; y esperaba resignado la vuelta del mensagero despachado á Lyon, cuya respuesta no era dudosa. Al tiempo fijo se supo su regreso, para que nuestro terror se aumentase.

Condesa. Y bien?...

Luisa. Contestaron que durante el sitio y bombardeo de la ciudad habia sido incendiada la municipalidad de Brotteaux y alguna otra.

Condesa. Loado sea Dios!

Luisa. Y con ellas todos los documentos que pertenecian á lo civil.

Condesa. Con eso nada tenian ya que temer.

Luisa. Aun resta. «Siendo asi, dijo el representante del pueblo, segun el nuevo régimen no hay ley alguna que impida renovar un matrimonio, y si es verdad que estan casados en Lyon, no deben tener inconveniente alguno en renovar sus desposorios en Dunkerque.»

Condesa. (*Vivamente.*) Yo me opongo, me opongo; y mi sobrina debió rehusar...

Luisa. Eso se dice facilmente ahora y en este sitio; pero alli la iba nada menos que la cabeza. Llegado el indicado momento, la dijo Tolver en voz baja: «Señorita, este matrimonio es nulo ante Dios; y cuando

querais, cuando sin peligro vuestro lo deseeis, con solo una palabra estaré pronto á solicitar el divorcio yo mismo... Fiaos, señorita, en el honor de un soldado.» Estas palabras me inspiraron entera confianza, y tambien á mi señorita, la que delante del señor Antero, el alcalde de Dunkerque...

Condesa. Dios mio! se convirtió en madama Tolver?...

Luisa. Aun menos, en la ciudadana Tolver.

Condesa. (*Llevando las manos á la cabeza.*) Dios mio, qué afrenta!

Luisa. Por qué? Quedó libre y sin cosa alguna que temer. Tolver debia ir á reunirse á su regimiento, y protegidas por él, pasamos toda la Francia: durante esta travesía, la duquesa de Dorreig, la gran señora, hubiera encontrado la prision y aun la muerte á cada paso. Mas en todas partes la muger del soldado era respetada; y cuando llegamos á la frontera, fue menester que nos separásemos, y vi á aquel valiente soldado palidecer y temblar. «A Dios, la dijo; llevais mi promesa, y en cuanto lo deseeis, yo firmaré el divorcio; pero no tendreis necesidad de esto, porque voy á batirme, y muy pronto, asi lo espero, señorita, demasiado pronto quedareis viuda.» Pobre jóven! (*Conmovida y hablando consigo.*) Me parece que le estoy viendo; jamas le olvidaré. (*Se dirige á la Condesa.*) Tal vez será de él, señora, de quien habeis recibido esa carta...

Condesa. Decia que se hallaba gravemente herido, y que antes de morir queria decir á mi sobrina que la amaba!

Luisa. Cielos!!!...

Condesa. Te indigna tanta osadía!

Luisa. (*Aparte.*) Bien sabia yo que la amaba. (*Alto.*) Y le habeis respondido vos misma?

Condesa. Por evitar un mal mayor. Y como hablaba de servicios prestados á mi sobrina, le remití á su nombre, y sin decir que los mandaba yo, cien luises.

Luisa. Qué habeis hecho!

Condesa. Para que lo enterrasen con alguna decencia.

Luisa. No es posible!

Condesa. Y por qué no (*Con prontitud y enfadada.*) ha de ser posible?... por qué no ha de haber muerto?

Luisa. No es eso lo que he querido decir; por desgracia la muerte de Tolver parece demasiado cierta. A pesar de todas las pesquisas, nada se pudo saber de fijo, hasta que pasado un año supo mi señorita que el llamado Tolver, que habia partido soldado y llegado hasta teniente, habia muerto en Marengo: esto lo supo por un acta que recibió espedida en toda regla. Esta es la razon por qué durante un año ha llevado trage de luto diariamente, y por la misma se encuentra casada, viuda y soltera.

Condesa. Aqui viene; dejadnos solas.

Luisa. Pero no la direis nada?

Condesa. Descuidad; voy á continuar leyendo la Gaceta. (*Vase Luisa.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. CAMILA. (*La Condesa á la derecha, junto á la mesa, toma la Gaceta. Camila, en trage de boda, entra por la izquierda, y dice, avanzando hasta el primer término:*)

Camila. Preparémonos al sacrificio y á sufrir que mi tia quiera, como siempre, indagar el origen de mi tristeza. Oh! yo no puedo desechar de mí el recuerdo de su muerte lejos de mí, y sin que yo le haya demostrado el reconocimiento que hicieron nacer en mi alma su noble proceder y generosos beneficios.

Condesa. Qué teneis, sobrina mia? Siempre tan triste!

Camila. Os equivocais, señora, no estoy triste. Siento en el fondo de mi corazon la felicidad de este dia, y...

ESCENA IV.

DICHOS. LUISA. (*Esta sale corriendo.*)

Luisa. Señora, señora!

Condesa. Ha venido al fin el novio?

Luisa. No señora, pero traigo noticias de él.

Condesa. Pero no viene él mismo?

Luisa. No hay mas que las noticias que trae un mensagero suyo, disfrazado de aldeano, con esta carta de parte del señor duque y del chambelan.

Condesa. Qué significa esto?
Camila. Se habrán detenido á pesar suyo; estan tan malos los caminos en Moravia, y ahora mucho mas con el tránsito cantínuo de de tropas...
Luisa. Cuanta mas dificultad hay, mas deprisa se camina: y sobre todo un novio debe estar siempre apresurado.
Camila. (*Sonriendo.*) Pero no en Alemania, segun parece.
Condesa. Ay Dios mio... qué he leido! Nos aconsejan que (*Despues de leer la carta.*) huyamos sin tardanza alguna.
Camila y *Luisa.* Huir! Y por qué?
Condesa . Porque van á llegar otros.
Camila. Quiénes?
Condesa. Los franceses.
Camila. (*Sorprendida.*) Cielos!
Condesa. Nada es mas cierto, vamos! los franceses! se han vuelto locos... han perdido la cabeza, y no saben lo que hacen, adónde van, ni de dónde vienen. Hace quince dias que estan perseguidos por los rusos y austriacos, y en vez de hacerse fuertes y tomar posiciones, acaban de improvisar una marcha y una maniobra que nadie entiende, ni aun el mismo chambelan, que cortado por este cambio repentino de operaciones, ha caido en sus manos en union con vuestro hermano el duque.
Camila: Será posible?
Condesa. Prisionero, querida mia; un novio que viene á casarse muy puesto de medias de seda y espadin, caer prisionero! Y no cabe duda alguna, porque es él mismo quien lo escribe. Los franceses han concentrado todas las fuerzas alrededor de una mala aldea que llaman Austerlitz, y si no me engaño tres leguas de aqui.
Camila. Y entre tanto!...
Condesa. Entre tanto, querida sobrina, se acercan los enemigos, y se apoderarán de este palacio para recorrerlo todo á sangre y fuego.
Luisa. Es cierto que estan cerca, porque los aldeanos que han podido escapar, dicen que han visto á lo lejos los uniformes de la guardia.

Camila. Y qué?
Condesa. Y qué! nada... me agrada la serenidad! No os hacen temblar estas palabras? Un regimiento de la guardia es el que se dirige hácia aqui!... la guardia imperial, sobrina! con esto todo está dicho, porque esa gente no respeta edad ni rango, ancianos ni jóvenes, mugeres ni hombres...
Camila. Señora!
Condesa. Y mucho menos las señoras nobles... y nosotras que tenemos diez y ocho cuarteles en nuestro escudo!... trescientos años largos de nobleza! Esto hace temblar: qué es lo que nos espera, Dios mio?
Camila. Pero, querida tia, nosotras no arriesgamos nada.
Condesa. Lo creeis asi, señorita?
Camila. Sin duda alguna: la guardia imperial ataca solamente á los enemigos; ademas que somos francesas, compatriotas de ellos mismos.
Condesa. Si, tránsfugas! Razon mas en abono para lo que digo; porque Mr. Buonaparte, que los manda, ni tiene miramientos ni galantería: tal gefe, tales soldados. Y en un dia de boda! es una verdadera felicidad... escuchad! (*Se oye marcha militar.*)
Varias voces. Viva el emperador! (*Voces dentro.*)
Condesa. Yo muero de susto! (*Camila y Luisa entran en su habitacion á la izquierda: el ruido de la música y tambores se aumenta; la Condesa vuelve la cabeza, y ve venir por la galería á varios oficiales.*) Ay! ya estan aqui las figuras horribles!!! (*Vase por donde Luisa y Camila.*)

ESCENA V.

TOLVER. UN SOLDADO. UN CRIADO. (*Los oficiales permanecen en el fondo de la escena. Tolver entra seguido de algunos criados de la casa.*)

Tolver. (*Al soldado.*) Saluda de mi parte á los dueños de este palacio: diles que solicito su permiso para ofrecerles mis respetos y pedirles me dispensen el honor de desayunarme en su compañía. (*Vase el soldado por la izquierda.*) Vos hareis (*A un oficial.*) preparar el alojamiento del emperador, pues por esta noche establece aqui su cuartel general, y mañana... sin du-

da se dará la batalla. La batalla de los tres emperadores! será digna de verse. (*Con tristeza.*) Dichosos los que de nosotros puedan contarla! (*Cobrando su alegría.*) Entre tanto, señores, id á reposar, y esperemos tranquilamente. Despues de ocho horas de marcha, hay necesidad de descanso; y por otra parte, es preciso estar firmes para la fiesta de mañana.

El Soldado. (*Vanse los oficiales saludando al coronel. Sale el soldado.*) Mi coronel! no he encontrado mas que una señora sin educacion y sin trato de gentes, que se ha tapado los ojos por no verme.

Tolver. Diantres! rehusa ver un bigote que ha estado en Marengo!...

Soldado. Y cuando la hice presente vuestra invitacion, gritó con todas sus fuerzas: «Desayunarme yo con vuestro coronel!... Antes morir!...»

Tolver. Que viva, camarada, que viva!... y tambien yo!... Sin su compañía almorzaré perfectamento. Decid al mayordomo de esta casa que suba...

Soldado. El qué, mi coronel?

Tolver. Qué sé yo! Lo que acostumbren á tomar en esta casa. (*Vase el soldado por el fondo.*) Entre tanto (*A un criado.*) decid á vuestra señora que procure vencer su aversion hácia los coroneles, y que tenga la bondad de concederme una entrevista de cinco minutos, nada mas. Decidla que es necesario, y que asi conviene á sus intereses. (*El criado saluda y vase.*) Mientras tanto yo me instalo en este salon, y que me dejen tranquilo... si es facil. (*Entra un soldado.*)

Soldado. Un sugeto desea hablaros, señor coronel.

Tolver. Pronto empezamos! (*Sentado.*) Decidle que no estoy aqui.

Soldado. Viene de parte del emperador.

Tolver. Eso es otra cosa: hacedle pasar adelante. (*Se levanta con prontitud.*)

ESCENA VI.

TOLVER, *que se sienta junto á la mesa.* ANTERO, *que entra con timidez.*

Antero. El señor coronel Tolver, (*Con timidez siempre.*)

coronel de estado mayor, y ayudante de campo de S. M. el emperador y rey?...

Tolver. Yo soy, caballero: en qué puedo serviros?

Antero. Señor coronel...

Tolver. (*Mirando.*) Es particular! hé aqui una singular fisonomía! casi podré jurar que la conozco.

Antero. Eso sería sin duda un grande honor para ella: por otro lado es tan marcada, que no es fácil olvidarla con solo verla una vez. Soy Antero, proveedor general de los ejércitos del imperio.

Tolver. El mismo! Habeis vivido hace años en Dunkerque?

Antero. Como que he sido alcalde de alli. (*Con gravedad ridícula.*)

Tolver. (*Sonriendo.*) Lo sé perfectamente.

Antero. (*Mirando con atencion.*) Y yo creo recordar... aunque no estoy cierto... porque desde que dejé de ser alcalde, he visto tantos uniformes, chacós, schucas, gorras de pelo, sombreros, y... que todos se me figuran los mismos, y me embrollan, y... ademas que esta mañana he tenido miedo, y el miedo trabuca las cosas y cambia los objetos. (*Sale un criado con una bandeja y un té, y lo coloca sobre la mesa.*)

Tolver. (*Sonriendo.*) Miedo! Pero veamos lo que se os ofrece, que mas tarde renovaremos nuestro conocimiento. Quereis en tanto desayunaros conmigo?

Antero. Ay, señor coronel!... no tengo hambre por la razon que os acabo de decir.

Tolver. Es que nada me habeis dicho hasta ahora!

Antero. He tenido el honor de deciros que he pasado mucho miedo.

Tolver. Cierto; pero aun no se os ha quitado?

Antero. Jamas se me quita, señor coronel.

Tolver. Ni aun aqui, á mi lado?

Antero. Peor... mil veces peor; á vuestro lado tengo mucho mas miedo, porque de vos depende mi salvacion.

Tolver. Puede ser! Entonces sentaos, y hablemos. (*Mirando al desayuno.*) Diablo de té! es un desayuno demasiado ligero. (*A Antero, que se sienta en el borde de la silla.*) Sentaos bien!

Antero. Coronel, S. M. I. os ama mucho!... con estremo.

Tolver. (*Almorzando.*) Verdad es! Nunca pierde ocasion de ponerme á la boca de los fusiles, y ha sido para mí un amigo, un padre. El me recibió de soldado y me ha hecho coronel: asi es que puede disponer de mí como quiera, porque serán cumplidos sus deseos.

Antero. (*Temblando se levanta y grita:*) Viva el emperador!

Tolver. (*Bruscamente, demostrando enfado.*) A qué viene ahora ese viva!

Antero. (*Sentándose.*) No se ha ocupado hasta ahora de vuestra fortuna?

Tolver. No por cierto, ni creo haya pensado en ella mas de una vez, ni yo tampoco. El otro dia fue cuando me dijo, dándome un golpecito en la espalda: «Sabes muy bien, Tolver, que no estás muy allá de sueldo!»—Ciertamente, señor; pero qué importa! los asuntos van bien, y esto basta.—«Los mios sí, pero no los tuyos, y es preciso pensar en esto.»—Vos hareis lo que os parezca, señor.—«Si, veremos; no lo olvidaré.» Despues me pellizcó una oreja, casi hasta hacerme gritar, que es la prueba mas grande de favor, y nada ha vuelto á decirme sobre el particular.

Antero. No, pues... no se ha olvidado; y ahi teneis justamente el negocio que me trae aqui.

Tolver. (*Sorprendido.*) Por eso venís! Y qué tiene que ver vuestra salvacion con mi fortuna, y?...

Antero. Escuchadme. Yo he sido proveedor general del ejército, tanto en tiempo de la república como del imperio. En este delicado cargo, me he conducido con tanta inteligencia como temor... quiero decir, con temor de perder; lo cual me ha hecho ganar muchísimo. A vos solamente diré que he ganado sumas exorbitantes.

Tolver. No puedo adivinar adónde vais á parar.

Antero. Yo no sé quién se ha permitido presentar al emperador una relacion escrita y detallada de mis caudales; y el emperador, que no tiene tiempo para calcular sobre esto, ni para examinar con detencion los guarismos, ha esclamado: «Qué ganancias tan exorbitantes! Cómo se ha podido hacer una fortuna

tan escandalosa y colosal?» Y en el primer ímpetu dijo: «Que lo fusilen.»

Tolver. A vos?

Antero. A mí, sí señor, á Antero, ex-alcalde de Dunkerque y proveedor general de todos los ejércitos del imperio: ya veis que esto no puede ser; es un absurdo. Asi es que al pronto lo tomé como un donaire de mal gusto; en verdad que me hizo morir de miedo, y corrí á arrojarme á los pies de S. M. I. para tratar de convencerle de que soy un hombre honrado, un desgraciado padre de familia.

Tolver. Con que estais casado?

Antero. Vaya! Me desposé en tiempo del directorio, por miedo de perder mi destino, con la viuda de un director, que puede decíroslo, porque aun existe, y tenia una caterva de hijos. Y cuando hablé al emperador de mi desolada familia, creí que le habia tocado en el corazon; porque me dijo: «Qué, tienes hijos?» —Tres, señor.—«Hijas tambien?»—Una, señor.— «Qué edad tiene?»—Diez y ocho años, señor.— «Bien, eso es una gran fortuna para ti! Escúchame. Te hago gracia de la vida, y no te confisco tus enormes riquezas, con una condicion.»—Cuál, señor?— «Con la condicion de que des tu hija en matrimonio al coronel Tolver, mi ayudante de campo.»

Tolver. A mí?

Antero. Con dos millones de dote!!!

Tolver. Es posible!

Antero. Tan posible, como que os los vengo á ofrecer, y á suplicaros por Dios que los acepteis.

Tolver. Y pensais!...

Antero. Por salvar los otros seis. Hacedme el obsequio de tomarlos; salvad mi pobre cabeza, y este será el mejor negocio de cuantos he hecho en toda mi vida.

Tolver. Permitid...

Antero. Quereis tres? me estenderé hasta... porque si rehusais, si el emperador se enfada y soy fusilado, para qué quiero los demas? Vamos, coronel, tened piedad de un pobre y afligido padre de familia; sí... vos aceptareis... Qué os cuesta?... Hacedme el obsequio de decirme... qué trabajo os cuesta el tomarlos?

Tolver. Tanto me cuesta, que aunque quisiera...
Antero. El emperador ha dicho: «Yo lo quiero.»
Tolver. Aunque eso sea, no puede ser.
Antero. Os repito que el emperador dijo: «Yo lo quiero.»
Tolver. Y si, por ejemplo, estuviese casado?
Antero. Casado!
Tolver. (*Sonriéndose.*) Esta es la primera ocasion que mi matrimonio me ha servido de algo.
Antero. Casado! (*Con el mayor asombro.*) Qué habeis dicho? Quién ha podido hacer tan disparatado matrimonio?
Tolver. Vos, señor Antero.
Antero. Yo!
Tolver. Vos mismo: hace algunos años que revestido de vuestra banda municipal, y en presencia de dos ó tres mil testigos, unisteis á Tolver, soldado de la media brigada, número 32, con la señorita Camila de Dorreig, una gran señora.
Antero. Será cierto! Dios mio!... Qué fatalidad!... Pero ese matrimonio es nulo, fue verificado por efecto de una violencia: los que le hicieron carecian de sentido comun, y se lo diré á todo el mundo. Pero si nos asustamos por nada... porque yo empiezo siempre por asustarme. (*Despues de reflexionar un rato.*) Estais libre, mi querido amigo, estais libre sin la menor duda.
Tolver. Cómo?
Antero. La señorita de Dorreig, despues de venir á Alemania para unirse á su familia, que posee aqui inmensas posesiones, ha sido acometida por una fuerte enfermedad, la cual ha debido costarla la vida: qué digo yo! de cuyas resultas ha muerto. Una maligna fiebre fue la que se la llevó; me lo digeron en Francia, y vos mismo debeis haberlo oido.
Tolver. No por cierto: herido gravemente, y á los bordes del sepulcro, la dirigí una carta.
Antero. Y qué?
Tolver. (*Con cólera concentrada.*) Me contestó por medio de otra tan seca, tan humillante... sin una palabra de amistad ni consuelo, y acompañada de dinero. Oro á mí, que á riesgo de mi libertad, y aun de mi

vida, habia salvado la suya! Mas aun: (*Con viveza.*) vos no sabeis que devolví pronto su donativo, y mi consentimiento al divorcio que la habia prometido, y que yo mismo reclamé con instancia. Pero entonces nos batiamos en Italia contra los austriacos, y ni sé si habrá llegado mi carta, ó si el oro que la acompañaba habrá impedido que llegue á su destino; acerca de esto nada sé. Despues pasé á las pirámides de Abukir; y á la vuelta, gravemente herido y prisionero, nada he podido averiguar, y no sé otra cosa sino que el divorcio no está legalmente pronunciado, y que, en la posicion en que me veo, me es imposible aceptar vuestra oferta.

Antero. (*A media voz.*) Pero por qué, señor? Yo presentaré testigos, documentos auténticos, porque con dinero se hace lo que se quiere... en fin, espero probaros que estais libre, enteramente libre.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. LA CONDESA.

Tolver. (*Mirando adentro.*) Callaos... hé aqui sin duda á la dueña del palacio.

Condesa. (*Sosteniéndose con dificultad.*) Estoy, caballero, á vuestras órdenes; y pues que me habeis obligado á presentarme ante vos...

Tolver. (*Con galantería.*) Para ofreceros mis respetos, señora, y para pediros perdon por nuestra brusca y repentina llegada, que os ocasionará, tal vez, algun desorden; pero nos ha sido imposible preveniros.

Condesa. Yo os ruego, caballero, que no unais la ironía al insulto; y lo que únicamente os suplico es que nos preserveis á mi sobrina y á mi de una desenfrenada soldadesca.

Tolver. (*Admirado.*) Señora, quién os ha inspirado semejante idea?

Condesa. Somos francesas, caballero, y somos nobles... de muy elevado nacimiento.

Tolver. No lo dudo.

Condesa. Este palacio (*Recobrando su orgullo.*) pertenece á mi sobrina, la duquesa de Dorreig...

Antero. (*Sorprendido.*) Oh! Qué decis?... La duquesa de Dorreig...

Tolver. La misma que durante la revolucion vivió en Francia?

Antero. En Dunkerque?

Condesa. Sí señor.

Antero. (*Aparte.*) Aqui vamos de mal en peor. (*A la Condesa.*) Hablais de la señorita Camila de Dorreig, que estuvo casada...

Tolver. Con un simple soldado?

Condesa. (*Cortando la palabra á Tolver.*) Cómo casada! Quién se atreverá á decirlo? Quién osará hacer semejante injuria á mi familia? No existe tal matrimonio... es nulo de derecho, y... y de todos modos lo sería, porque la persona en cuestion murió.

Tolver. Murió!

Condesa. A Dios gracias... y para alegría de mi sobrina.

Tolver. Me parece, señora, que vuestra sobrina se ha alegrado muy pronto.

ESCENA VIII.

DICHOS. LUISA.

Luisa. (*A la Condesa.*) Señora, vengo á deciros... (*Mirando á Tolver atónita.*) Dios mio!... Es posible!... Si, no hay duda... (*Entra por la izquierda corriendo y gritando.*) Señorita! señorita!...

ESCENA IX.

DICHOS. CAMILA. LUISA.

Camila. (*Sale por la izquierda.*) Por qué gritas?

Tolver. (*Mirándola.*) Ella es!

Condesa. (*Aparte.*) Yo tiemblo...

Camila. (*Yendo á Tolver.*) Tolver! mi libertador... es cierto que vuelvo á veros!

Tolver. (*Queda inmóvil, y dice con frialdad:*) Teniais cuidado por mí? A ser asi, habrá sido cosa que haya molestado mucho á vuestra tia.

Camila. Qué felicidad! Con que es falsa la noticia de

que el valeroso teniente Tolver habia muerto en el campo del honor?

Antero. (*Aparte.*) Hoy van á resucitar todos para asesinarme!

Condesa. Pues la noticia vino legalizada en debida forma.

Camila. Es verdad; y esta noticia nos causó...

Tolver. (*Con amarga ironía.*) Una alegría demasiado pasagera! Puedo asegurar que siento sobremanera tan funesto *quid pro quo;* pero no tuvísteis presente que en el ejército podia haber, como habia en efecto, varios soldados de mi mismo nombre? Esto es muy desagradable, y conozco que mi importuna é inesperada aparicion deshace en un momento vuestras mas ligeras esperanzas. Pero...

Camila. (*Admirada.*) Qué oigo!

Condesa. Todo se lo he dicho: ya sabe por mí que este himeneo es para nosotras odioso, vergonzoso, insoportable...

Camila. (*Quiere interrumpir á su tia al ver la cólera de Tolver.*) Pero tia...

Antero. Coronel, dejaos de tonterías y de ruidos, os lo digo de buena fé: dejadlas con sus aprensiones, y tomad una seductora jóven con dos millones de dote.

Condesa. Por eso mi sobrina va á casarse con un gran señor de la corte.

Tolver. (*Con ironía.*) De veras!!

Antero. Pues entonces todos estamos de acuerdo, y no demos ruido. Rompamos tan odiosos lazos; ustedes se quedan con su gran señor, y nosotros con los millones.

Tolver. (*Colérico.*) Yo no quiero!

Condesa. Qué escucho!

Tolver. No quiero, no!

Antero. Me fusilan!!! (*Con angustia.*)

Tolver. He sufrido muchas afrentas durante algun tiempo (*A Camila.*), y si hasta aqui he sido un esclavo, ahora os toca el serlo á vos.

Antero. Pero, señor coronel, que vais á ser causa de mi muerte!... tened piedad de mí!... vedme morir á manos de mi miedo!... de...

Voces. Viva el emperador! (*Voves dentro.*)

Antero. Ay Dios mio! ya viene el emperador á establecer aqui su cuartel general! Nada puede salvarme, y... al menos escribid que sois vos quien rehusa, que en vos consiste y no en mí!... el que la voluntad de su magestad no sea cumplida.

Tolver. Para qué?

Antero. Mi salud lo exige: escribid que vuestro anterior himeneo...

Condesa. (*Pidiendo que no lo haga.*) Caballero...

Antero. (*Sacando del bolsillo papel y lapiz.*) Que se juegan nada menos que mis dias!

Tolver. Venga, escribiré de muy buena gana.

Antero. Oh bondad sin límites!

Camila. Qué proceder tan raro en él!... yo no reconozco á Tolver! (*Concluye de escribir Tolver y sale corriendo Antero.*)

ESCENA X.

DICHOS, *menos* ANTERO.

Condesa. No esperaba semejante violencia!

Camila. Ni yo un comportamiento tan estraño!

Tolver. (*Con amargura.*) Es muy malo, en efecto: la sin razon es mia; solo está de mi parte. He olvidado por un momento que cuando á riesgo de mi vida fui útil á una gran señora, á una noble familia, el honor de haberlas servido, aun con peligro de mi existencia, fue demasiada recompensa.

Camila. Pero por qué hablais asi? Jamas he faltado á la gratitud que os debo.

Tolver. No esperaba oir otra cosa; pero en cuanto á eso, señorita, no puedo ser engañado.

Camila. Me acusais injustamente. No ha transcurrido un dia sin que haya rogado fervientemente á Dios por vuestra prosperidad, y que no me haya acordado con alegría, de vuestra noble y generosa conducta. Hasta ahora, hasta este momento mismo, mi tristeza consiste únicamente en haberos desconocido en este instante por vuestro escusado proceder.

Tolver. Y quién tiene la culpa, sino quien me ha obligado á obrar asi, humillándome con sus desdenes y hasta con sus donativos?

Camila. Yo, Tolver!

Tolver. Esperad: puesto que lo habeis olvidado, leed esta carta, que jamas he separado de mí. (*La da un papel.*)

Camila. (*Despues de haberla leido para sí.*) Esta carta! Este oro que se os ha remitido!... Yo no sé nada de esto.

Tolver. Entonces, quién me ha respondido?

Condesa. (*Con dignidad.*) Yo, caballero, yo, que jamas juzgué conveniente enseñar á mi sobrina la carta que la dirigísteis, porque su contenido...

Camila. Pero cómo!... tia, vos contestásteis en mi nombre sin decirme una sola palabra!

Tolver. (*A la Condesa.*) Obrásteis mal, señora. (*A Camila.*) Y yo que os he estado acusando durante tanto tiempo! Ah! Camila! soy culpable, no hay duda; pero me impondré el castigo: hablad, dictad en los términos que gusteis mi consentimiento de divorcio, (*A la Condesa.*) ó mas bien, escribid vos misma lo que gusteis, que estoy pronto á firmar.

Condesa. Es posible! Esas palabras nos reconcilian y nos hacen á todos felices! (*Toca una campanilla y sale Luisa.*) Una escribanía! (*A Tolver.*) Considerad, caballero, que mi sobrina va á contraer un soberbio enlace; es un partido admirable, que la conviene, que aprueba y elige, que desea, y que, por otra parte, no es una alianza ínfima, porque hay igualdad de rangos en el nacimiento...

Camila. (*Interrumpiéndola.*) Pero tia...

Luisa. (*Con la escribanía; la pone en la mesa: la Condesa escribe, y mientras se acerca Luisa á Tolver, y dice:*) Señor coronel... me permitís que os abrace?

Tolver. (*Abrazándola.*) Luisa, tú eres aqui la única que me reconoce!

Luisa. Es que no es tan facil: quién ha de decir que es este aquel pobre soldado tan torpe, tan tímido, viéndolo ahora tan buen mozo y con un aire tan marcial y distinguido? Ah! sois mucho mejor que otros; sin duda, infinitamente mejor. (*A Camila.*) No es verdad, señora? Miradle, pues... y luego con esas insignias de coronel... Sabeis que debe ser muy bueno hacer

de este modo la carrera? Deberse todo á sí mismo, no á la casualidad, y partir de tan bajo para llegar á tanta altura!

Tolver. (*Cogiéndola la mano.*) Luisa!

Luisa. (*Mirando á Camila.*) Y sobre todo, ser coronel! esto puede conduciros á todo, y os permite aspirar á todo; porque en la corte de Viena, si no me engaño, los coroneles y los duques... se diferencian poco.

Condesa. (*Concluye de escribir, y presenta á Tolver el papel.*) Hé aqui el consentimiento del divorcio, bien completo y perfectamente en regla: no falta mas que la firma.

Luisa. (*Atónita.*) Qué dice!

Condesa. Mi sobrina la primera...

Camila. Y creeis?...

Condesa. Sin duda. (*A Tolver.*) Tened la bondad...

Luisa. Cómo! vais á firmar eso?

Tolver. Con el mayor placer.

Luisa. (*Con dolor.*) Dios mio! Dios mio! Hé aqui todo concluido... separados para siempre!

Condesa. Gracias á Dios!... y no sin trabajo se ha obtenido; (*Doblando el papel.*) pero ya nada se opone á tu matrimonio con el chambelan.

Camila. Nada, sino el estar separados; él en poder de estos señores, y yo prisionera en este palacio: porque estamos prisioneras, tia.

Tolver. No es mas que eso, señora? Yo puedo disponer su libertad y la vuestra.

Condesa. De veras? Podremos marchar?

Tolver. Cuando gusteis.

Condesa. Pero podremos ser detenidas en nuestro viaje por los soldados de la guardia, ó por los destacamentos de vuestro ejército...

Tolver. Antes de vuestra marcha os daré un seguro, un pase que os pondrá á cubierto de todo peligro.

Luisa. (*Aparte.*) Esto es ya demasiado!

Condesa. Tanta bondad! Ven Luisa, ven á disponerlo todo para la marcha. (*A Camila.*) En verdad, sobrina mia, que casi estoy de acuerdo con vos en lo que pensais de él; y confieso francamente que debia haber nacido caballero, y que le encuentro gallardo jóven desde que no es mi sobrino.

Luisa. (*Aparte.*) Dejarnos marchar con tal generosidad! Ah! qué mal hace! (*Vase con la Condesa.*)

ESCENA XI.

CAMILA. TOLVER.

Tolver. (*Toma el sombrero y saluda á Camila, que le devuelve una cortesía.*) Una vez que estan rotos los lazos que nos unian, recibid un á Dios, que probablemente será el último.

Camila. El último!

Tolver. Sí señora.

Camila. He entendido bien! por qué ha de ser último?

Tolver. Mañana da nuestro emperador la batalla á sus enemigos en los campos de Austerlitz.

Camila. Y qué importa! Dios, que tantas veces ha escuchado mis súplicas, velará mañana sobre vuestra vida.

Tolver. No lo deseo.

Camila. Por qué?

Tolver. Porque me es inútil una existencia sin porvenir, sin esperanzas!...

Camila. Creo que las vuestras deben ser muy grandes y halagüeñas.

Tolver. Pues yo solo veo un porvenir fatal y desastroso!

Camila. Por qué?... por qué! hablad.

Tolver. Ese es mi secreto, y nadie le penetrará jamas.

Camila. Ni yo tampoco?

Tolver. Ni vos.

Camila. Hablad, Tolver, hablad; os lo suplico: abridme vuestro corazon... ó no soy ya vuestra amiga? Me habeis olvidado, sí... no recordais que me pertenece la mitad de vuestros pesares y alegrías. Pero si lo habeis olvidado, yo lo reclamo, y exijo saber vuestro secreto, aunque no considereis otra cosa que nuestra amistad.

Tolver. Amistad!... Sabed que yo alimento un amor imposible y sin esperanza, porque amo á una persona que tiene un corazon insensible; asi es que no se lo revelaré nunca: una mirada suya me hace temblar, y eso que jamas he temblado delante del enemigo!

Camila. Tan terrible es el objeto de vuestro amor?

Tolver. Nunca tendré la osadía de desafiar sus miradas, porque me va la vida, aunque me decidiera á hablar.

Camila. Pues yo en vuestro lugar hablaria.

Tolver. Creeis que debo hacerlo? Estoy pronto á obedeceros y á hablar; sí, quiero obedeceros como siempre, aunque muera despues. La persona que amo en silencio y sin esperanza, y que debe indignarse al escuchar estar palabras... sois vos!

Camila. Cómo!... Tolver!...

Tolver. Lo veis? Ya preveia yo la manera con que habiais de recibir mis palabras.

ESCENA XII.

DICHOS. LA CONDESA. *Por la izquierda* ANTERO *precipitado.*

Antero. Temia no encontraros, señor coronel: vengo á anunciaros novedades tan grandes como buenas. He visto al emperador.

Tolver. Vos?

Antero. Es decir, he querido verle, pero él no ha querido que yo le vea. Estaba en un salon, delante de una mesa, pensando sin duda en la batalla de mañana, cuando el oficial de servicio anunció: «Mr. Antero!» y desde la antecámara en que estaba esperando oí yo mismo decir al emperador: «Que se vaya á paseo!» Son sus propias palabras; las palabras de un grande hombre. Pero antes de obedecerle, hice que le presentasen el papelito que tuvisteis la bondad de escribir, y por el cual asegurais que existe entre vos y esta señorita un matrimonio de nombre, que jamas se ha celebrado realmente.

Condesa. Muy bien dicho.

Tolver y *Camila.* Y qué?

Antero. El papel se ha convertido en un autógrafo inapreciable! héle aqui, con algunas líneas mas al pie de la plana, de su propia letra, la letra de un héroe!... por cierto que apenas la pude entender.

Tolver. Dádmele; yo la conozco perfectamente; (*Lee.*) dice asi: «Me conviene mucho mas que un coronel de mi guardia se una á la antigua nobleza.»

*

Condesa. (*Aparte.*) Pues á mí no!
Tolver. (*Sigue leyendo.*) «Por lo tanto apruebo el enlace, y nombro á Tolver conde del imperio; y en favor de esta union haré gracia plena y entera al señor Antero el dia en que este matrimonio quede realmente celebrado.»
Antero. (*Quitando el papel á Tolver.*) Gracia plena y entera!... Firmado, Napoleon!
Tolver. (*Con frialdad.*) Sí, asi está escrito.
Antero. *El dia en que este matrimonio sea realmente celebrado... realmente:* entendeis, coronel, lo que quiere decir?
Tolver. Perfectamente; y no hay mas que una dificultad.
Antero. Qué! Qué decís?
Tolver. Que jamas se verificará realmente este matrimonio.
Antero. Ahora salimos con esa!
Condesa. Concluyamos, señor mio; sabed que estamos todos de acuerdo: tenemos el consentimiento del señor coronel, y el divorcio es cosa corriente. Entendeis? Escrito y firmado por él mismo.
Antero. Eso no es posible!
Condesa. (*Le da el papel.*) Vedlo vos mismo.
Antero. (*Toma el papel.*) Apenas puedo leer... tengo una gasa tupida delante de los ojos... (*Vuelve á leer como no dando crédito á lo que ha leido.*) «Yo consiento en el divorcio, y si es menester yo le reclamo...» Decididamente se ha conjurado contra mí, y no parece sino que se casa y se divorcia para matarme. Pues señor... hé aqui mi sentencia de muerte!
Condesa. Habeis visto lo que dice? (*Antero contesta en tono de afliccion ridícula.*)
Antero. Sí, ya he visto que dice... «Que le fusilen!!!» (*Camila coge el papel de manos de Antero, que va á dejarle caer al tiempo que ella pasa al lado de Tolver.*) Y cómo componemos esto, señor coronel?
Tolver. (*Mirando á Camila.*) Esta señorita no puede permanecer unida á un hombre á quien no ama ni puede amar jamas...
Condesa. (*Mirando á Camila, que hace un movimiento hácia Tolver.*) Y sobre todo, en el momento de contraer una alianza tan brillante con una persona

que ella ha elegido, que ama, y que está impaciente por reunirse con ella.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. LUISA.

Condesa. Está todo dispuesto? (*A Luisa.*)
Luisa. El carruage espera.
Condesa. El gran landó?
Luisa. Sí señora.
Condesa. Entonces, para marchar solo falta el seguro que el señor coronel ha tenido á bien ofrecernos.
Tolver. (*Despues de vacilar.*) Voy á escribirle, señora. (*Durante esto la Condesa va y viene con Luisa, trayendo cajas de sombreros, abrigos,* etc., etc.) Funesta partida que me roba toda esperanza! (*Todo aparte.*) Pero en donde habla el honor, toda otra afeccion debe callar!
Camila. (*Aparte.*) Qué he de hacer? Él suspira y demuestra lo que sufre... pero nada dice, y yo no debo romper el silencio. (*Mientras Camila se acerca á la mesa en que escribe Tolver, dice Antero:*)
Antero. Miren ustedes que tengo una suerte soberbia! Dejar que me fusilen, cuando no tenia otro trabajo que hablar una palabra para salvarme! Esto es insufrible!... no puede ser!...
Camila. (*A Tolver.*) No habeis concluido aun?
Tolver. Aun no... un momento...
Antero. (*Aparte, mirando á Tolver.*) Que no pudiera hacerle pedazos la pluma entre los dedos!
Camila. Tan largo es eso?
Tolver. Concededme un instante mas: tanto os interesa que concluya?... no puedo formar letra... apenas veo...
Camila. (*Señalando la bujía que está ardiendo.*) Una sola bujía no puede dar bastante luz. (*Saca el consentimiento de divorcio, le arrolla, le prende en la bujía, y con su llama enciende otra bujía.*)
Tolver. (*Asombrado.*) Cielos! (*Se levanta fuera de sí.*)
Camila. (*Sonriendo.*) Y ahora veis bien, señor coronel?

Tolver. (*Arrodillándose.*) Ah! Temo que mis ojos me engañen!

Condesa. (*Cuando sale ve á Tolver.*) Qué es lo que veo! Dios mio!

Antero. No es cosa particular! Un esposo que la quiere locamente, y una esposa que ha decidido partir su destino con él.

Condesa. Qué disparate! Y el acta de divorcio!

Camila. La he quemado por una rara casualidad.

Condesa. Poco importa! porque jamas consentiré que te unas á un aventurero, á un soldado!...

Antero. Cómo! Cómo! un conde, señora! un conde del imperio!!!

Condesa. (*Suspirando.*) Un conde del imperio! ay de mí!

Antero. Felicidad inesperada! Al fin este matrimonio *va á ser real y verdaderamente celebrado.* (*Aparte.*) No las tengo todas conmigo, y temo que el diablo suscite algun nuevo tropiezo. Creo (*A la Condesa.*) que el landó de la señora condesa está pronto.

Condesa. Y qué, sobrina mia, me dejarás marchar sola?

Camila. (*Inmóvil y meditabunda.*) Creo que he hallado mi felicidad.

Tolver. A ella consagraré el resto de mis dias.

Antero. (*Tomando de la mano á la Condesa.*) Yo os acompañaré, si me lo permitís. (*Aparte.*) Está en nuestros intereses. (*Alto.*) Os doy escolta: qué decis, Luisa?

Luisa. Que soy muy feliz, porque lo es mi señorita: se han cumplido mis fervientes deseos.

Condesa. Camila?... baja los ojos... pero permanece inmóvil!

Antero. Mi cabeza se ha salvado!!! (*A la Condesa.*) Podeis escribir al señor chambelan que busque lo que mejor le convenga, en tanto que yo digo como en otro ocasion y en otra noche: retirémonos, y dejemos en libertad á tan felices esposos! (*Antero lleva á la Condesa de la mano, la cual sale mirando á su sobrina. Tolver se arroja á los pies de Camila, y dentro se oye marcha triunfal y vivas al emperador, figurando su entrada.*)

FIN DE LA COMEDIA.